

Karl Schlögel

# El siglo soviético

Arqueología de un mundo perdido



Galaxia Gutenberg

---

KARL SCHLÖGEL

# El siglo soviético

Arqueología de un mundo perdido

Traducción de  
Paula Aguiriano Aizpurua

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe Institut.

Título de la edición original: *Das sowjetische Jahrhundert*  
Traducción del alemán: Paula Aguiriano Aizpurua

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2021

© Verlag C.H. Beck oHG, Múnich, 2018  
© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 11824-2021  
ISBN: 978-84-18807-17-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## Índice

Prólogo . . . . .	13
Introducción: Arqueología de un mundo perdido . . . . .	17
FRAGMENTOS DEL IMPERIO . . . . .	23
<i>Barajolka</i> en el parque Izmáilovski, bazar en Petrogrado . . . . .	25
El universo soviético como museo . . . . .	34
Regreso al escenario: Petrogrado en 1917 . . . . .	55
El barco de vapor de los filósofos y la división de la cultura rusa . . . . .	74
AVENIDA DE LOS ENTUSIASTAS . . . . .	91
<i>URSS en Construcción</i> : el poder de las imágenes . . . . .	93
Dneproges: Estados Unidos a orillas del Dniéper . . . . .	99
Magnitogorsk, las pirámides del siglo xx . . . . .	113
Blanco y negro. El ojo del fotógrafo . . . . .	129
Excursión al canal Belomor . . . . .	136
El paisaje tras la batalla . . . . .	155
UNIVERSOS DE SIGNOS SOVIÉTICOS . . . . .	169
Escrito en la pared . . . . .	174
Órdenes y medallas: la condecoración en el pecho . . . . .	182
Lenguaje corporal. El cuerpo tatuado . . . . .	190
<i>Moscow Graffiti</i> . En el principio era el futurismo . . . . .	196
Los nombres son más que simple humo . . . . .	201
LA VIDA DE LAS COSAS . . . . .	207
Papel de estraza, embalaje . . . . .	209
El destino de la Gran Enciclopedia Soviética: el orden del conocimiento en el tumulto de la historia . . . . .	212

Galería de lo privado: el elefante de porcelana sobre el estante . . .	225
El piano en la casa de cultura . . . . .	231
Basura. Fenomenología del orden . . . . .	239
«Krásnaia Moskvá»: Chanel soviético . . . . .	243
El libro de cocina de Stalin. Imágenes de la buena vida en la era soviética . . . . .	256
ESPACIOS DE LIBERTAD . . . . .	273
Geólogos en expedición y otros caminos al espacio abierto, al aire libre . . . . .	275
Dacha: <i>El jardín de los cerezos</i> de Chéjov en el siglo xx. . . . .	283
Colonias de reposo para los obreros. El sanatorio como lugar histórico . . . . .	294
ESPACIOS INTERIORES . . . . .	311
Timbres, letreros . . . . .	313
<i>Kommunalka</i> o el lugar donde se curtió el ciudadano soviético. La vida cotidiana como estado de excepción . . . . .	315
El interior como campo de batalla. . . . .	336
Residencias/ <i>Obschezhitie</i> : un crisol soviético . . . . .	349
Campamentos, barracones: asentarse en la «Rusia que fluye» . . . . .	354
Palmeras en la guerra civil. . . . .	359
La escalera soviética: espacios de anonimato y anomia . . . . .	372
La instalación de Ilia Kabakov: el retrete como espacio civilizador . . . . .	377
La cocina moscovita o el renacimiento de la sociedad civil . . . . .	386
PAISAJES, ESPACIOS PÚBLICOS . . . . .	407
El parque Gorki: un jardín para el nuevo ser humano . . . . .	409
El diorama: panorama de un paisaje con héroes . . . . .	424
<i>Zhilmassiv</i> o el sublime macizo prefabricado . . . . .	431
<i>Russkaia glubinka</i> – El país más allá de las grandes ciudades. . . . .	449
BIG DATA . . . . .	463
<i>Spetsjran</i> . Catálogo de libros prohibidos . . . . .	465
Diagramas de progreso, diagramas de catástrofes . . . . .	476
RITUALES . . . . .	491
La frontera de Brest – Ritos de paso . . . . .	493

Coreografías del poder: desfiles en la Plaza Roja y en otros lugares . . . . .	505
Un «templo de la modernidad» – El crematorio . . . . .	522
ZAGS o los ritos que ordenaban la vida cotidiana . . . . .	531
El cronotopo soviético de la cola . . . . .	540
«Qué fiestas aquellas...» . . . . .	560
<b>CUERPOS . . . . .</b>	<b>575</b>
<i>Fizkultura</i> : el ser humano soviético como atleta. Un camino distinto hacia la fuerza y la belleza . . . . .	577
Ropa para el nuevo ser humano, o el regreso de Christian Dior a la Plaza Roja . . . . .	593
Gracia masculina. Los ademanes de Nuréiev . . . . .	616
<b>KOLIMÁ, POLO DEL FRÍO . . . . .</b>	<b>627</b>
<b>SOLOVKÍ – LABORATORIO DE LO EXTREMO: EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN EN LA ISLA MONACAL . . . . .</b>	<b>657</b>
<b>LOS PASILLOS DEL PODER . . . . .</b>	<b>675</b>
K. en el laberinto de la cotidianidad soviética . . . . .	677
La «Casa del Malecón»: máquina habitacional, trampa humana, urbanización cerrada . . . . .	688
El aura del teléfono y la ausencia del listín . . . . .	700
<b>EL RUMOR DEL TIEMPO . . . . .</b>	<b>707</b>
Las campanas enmudecen . . . . .	711
La voz de Levitan . . . . .	721
<i>Back in the USSR</i> . Huellas sonoras . . . . .	733
<b>TERRITORIO DESCONOCIDO, ZONAS DE CONTACTO, MUNDOS INTERMEDIOS . . . . .</b>	<b>739</b>
« <i>The little oasis of the diplomatic colony</i> » (George F. Kennan) . . . . .	744
El gueto de los periodistas. La mirada externa clavada en el centro . . . . .	750
Tiendas Beriozka: «oasis de abundancia» . . . . .	754
El ingenio del coleccionista: George Costakis y el redescubrimiento del arte vanguardista soviético . . . . .	761

LAS ARTERIAS DEL IMPERIO: VIAJE AL SIGLO XX RUSO . . . . .	777
RED CUBE. EL MAUSOLEO DE LENIN A MODO DE CLAVE. . . . .	799
EL PROYECTO LUBIANKA: ESBOZO DE UN <i>MUSÉE</i> <i>IMAGINAIRE</i> DE LA CIVILIZACIÓN SOVIÉTICA. . . . .	815
Agradecimientos . . . . .	829
Notas . . . . .	833
Bibliografía seleccionada. . . . .	903
Créditos de las imágenes . . . . .	907
Índice onomástico . . . . .	911

---

*Dedicado a Sonja Margolina,  
mi esposa, eterna incitadora y contrincante*

---

## Prólogo

Los historiadores también son coetáneos y a veces se les concede la oportunidad de ser testigos presenciales de aquello que en el lenguaje especializado se conoce como «punto de inflexión», «momento histórico» o «fin de una era». Así sucedió en el caso de la Unión Soviética. No era la Historia la que había llegado a su final, sino el Imperio, cuyo tiempo había acabado. A partir de ese momento cambia la perspectiva sobre casi todo: el pasado, el escenario, los protagonistas del proceso histórico. Y puede que el lugar donde esto resultara más insoportable fuera el país que había padecido toda una serie de guerras, guerras civiles y revoluciones, que poseía un territorio inabarcable, y que sufría fatalidades que sólo pueden nacer de la confusión histórica más extrema. Pero el final también era un principio: polifonía allí donde hasta entonces sólo había una opinión pública unificada; salir al mundo cuando hasta entonces las fronteras habían estado cerradas; una mirada intransigente sobre una historia con muchas preguntas aún sin responder; apertura de los archivos, e historias que por fin podrían llegar a contarse. Desde el exterior era difícil comprender la radicalidad de la ruptura: la subversión de las costumbres, planes de vida echados por la borda, fronteras allí donde antes no las había, millones de personas que tuvieron que replantearse sus vidas, el desastre para algunos, el éxito para otros. El cuarto de siglo que ha transcurrido desde entonces ha demostrado lo profundamente dolorosa que ha sido la transformación de la antigua Unión Soviética, y cómo el liderazgo político ha utilizado los dolores fantasma posimperiales, los anhelos nostálgicos y el miedo al fracaso para una huida hacia delante que, incluyendo guerras contra estados vecinos, le permita mantenerse en el poder.

Ambas experiencias, la del momento histórico, la solución de continuidad, el punto de inflexión, y la de la larga época posterior, que

puso de manifiesto la vigencia de las estructuras más «profundas», caracterizan el contexto histórico en el que nace este libro.

El hecho de que su publicación haya coincidido con el centenario de la Revolución rusa no ha sido intencionado, pero también tiene su parte positiva, que siempre puede achacarse al reciclaje de aniversarios en la industria cultural. La historia no se rige por conmemoraciones, que, en el mejor de los casos, brindan la ocasión de tratar un tema que por fin ha alcanzado la madurez suficiente. La mirada se afila, desafiada a volver a tomar la medida de una era que cobró forma desde los *Diez días que estremecieron el mundo* y se afianzó como civilización *sui generis* hasta finales del siglo xx. El siglo en términos soviéticos: como evasión de la guerra mundial europea, como reconstrucción del Imperio ruso en una nueva forma, vanguardia de la revolución anticolonialista, polo opuesto del mercado capitalista mundial y territorio de pruebas de una modernización impetuosa sin precedentes, guerra en defensa propia contra la aniquilación brutal de la Alemania de Hitler, ascenso hasta convertirse en la segunda potencia mundial cuyo dominio iba desde el Elba hasta el Pacífico, último gran imperio plurinacional de la Europa de finales del siglo xx. Hay muchos motivos para hablar de un siglo soviético, además de uno americano. Unos se preguntaban cómo era posible que la Unión Soviética se mantuviera durante tanto tiempo, mientras que otros se preparaban para que siguiera existiendo *ad infinitum*; al final todos se vieron sorprendidos por el curso de los acontecimientos que desembocaron en la perestroika y finalmente en la disolución de la URSS.

El autor de esta obra pudo vivir todavía gran parte del mundo soviético, con su último periodo incluido. Desde su primer viaje en 1966, recorrió el país de punta a punta, investigó y estudió allí. Como muchos otros que también provenían de la angosta Europa central, tampoco pudo escapar de la fascinación que ejercían los paisajes, las corrientes, la historia y los habitantes del país. Le emocionó la generosidad de la generación que había vivido la guerra, que tanto había sufrido, para con un joven alemán cuyo padre había luchado «en el frente oriental» como soldado de la Wehrmacht; escuchó historias reales que superaban incluso la ficción de la gran literatura, pero también se encontró una y otra vez con las deprimentes experiencias de personas que eran la viva imagen de una vida robada y de la esperanza de que, tras el horror y la injusticia, aquel se convirtiera también por fin en un «país normal».

He dedicado toda mi vida a la Unión Soviética, que para mí, como historiador socializado a través de la lengua y la historia rusas, significa mayormente Rusia. En *Jenseits des Großen Oktober. Petersburg 1909-1921. Ein Laboratorium der Moderne* («Más allá del Gran Octubre. San Petersburgo 1909-1921. Laboratorio de la modernidad») (1988), indagué en la época en la que Rusia, en cierto modo, se convirtió en el centro del mundo. Dedicué mi libro *Berlin. Ostbahnhof Europas* («Berlín. Estación Este de Europa») (1998) a las relaciones entre rusos y alemanes, especialmente al destino de la diáspora rusa. Con *Terror y utopía: Moscú en 1937* (2008) traté de aclarar lo que sucedió durante las «grandes purgas» de la era de Stalin. Los retratos de ciudades de la Europa oriental, elaborados desde la década de 1980, fueron mi vía de acceso para explorar el universo soviético y el paisaje cultural del este europeo. Si ha habido un tema que me ha intimidado por sentir que no estaba a la altura ha sido la guerra de aniquilación que la Alemania de Hitler llevó a cabo contra los pueblos de la Unión Soviética.

No entraba en mis planes rendir cuentas, por así decirlo, de mis estudios sobre la Unión Soviética y sobre Rusia; tenía otras prioridades. Pero entonces llegó la famosa gota que colmó el vaso. El impulso definitivo fue la anexión de Crimea por parte de Putin y la guerra no declarada que se libra contra Ucrania desde entonces, que, en mi opinión, obligaba a visitar el imperio desaparecido. Esa fue la base sobre la que se construyó la estructura de esta obra. En 2014 pude presentar un esbozo del proyecto en la Fundación Carl Friedrich von Siemens, bajo el título «Arqueología del comunismo. Cómo formarse una idea de Rusia en el siglo xx». Me habría sido imposible trabajar en el libro en condiciones privilegiadas y terminarlo de no ser por el generoso patrocinio de dicha fundación y el estímulo de su director, el profesor Heinrich Meier. Les estoy sinceramente agradecido. Y es una gran alegría para mí que la editorial C. H. Beck haya incluido esta obra en su catálogo.

KARL SCHLÖGEL, mayo de 2017, Berlín

---

## Introducción: Arqueología de un mundo perdido

Lo que se presenta aquí como «arqueología de un mundo perdido» no es una nueva historia de la Unión Soviética, sino el intento de representar de nuevo la historia de este país de un modo distinto, sin duda, al de muchos de los impresionantes panoramas generales existentes. La Unión Soviética no fue únicamente un sistema político con fecha de inicio y de fin, sino un modo de vida con su propio desarrollo, su madurez, su decadencia y su disolución. Sus prácticas, valores y rutinas marcaron a varias generaciones de habitantes del país.<sup>1</sup> Yo llamo a este universo de larga duración «civilización soviética», independientemente de que pudiera pretender mostrarse superior al viejo mundo, al capitalismo o a Occidente. Los universos vitales pueden ser más longevos y estables que los ordenamientos políticos, y pueden sobrevivir una vez proclamado y consignado el fin de un sistema.<sup>2</sup> Cualquiera que conozca cómo funcionan los estados sabe que dejan huella hasta mucho después de su final: las lenguas, el estilo de los edificios administrativos y educativos, la infraestructura y el trazado de las líneas ferroviarias, formas de trato, modelos formativos y biografías adoptados de tiempos anteriores, odio o apego sentimental a los amos del pasado; estos fenómenos pueden observarse por todas partes, ya sea en los antiguos dominios del Imperio británico, del otomano, o del austrohúngaro, incluso del Reich alemán. Algo muy parecido sucede con el imperio soviético. Sus huellas seguirán siendo visibles –físicamente y en los mapas mentales de los habitantes de este mundo posimperial y poscolonial– cuando la URSS como Estado ya haya caído en el olvido.

Aquí comienza una arqueología. Abarca el territorio del antiguo imperio, donde clasifica y guarda las huellas, coloca sondas y realiza excavaciones, tanto en sentido literal como figurado. Los arqueólogos no excavan al azar, sino que cuentan con puntos de referencia donde

saben que podrán encontrar lo que buscan. Tienen instrumentos de navegación y mapas, y, sobre todo, bibliotecas enteras en la cabeza. Ponen sus miras en el legado de generaciones anteriores. Liberan capa a capa, protegen los hallazgos, catalogan los fragmentos y toman todas las precauciones posibles para conservarlos y después analizarlos. Lo que encuentren les explicará un mundo que ya no existe. Los fragmentos que han aprendido a leer y descifrar reconstruirán una imagen, el texto de una época pasada. Cada uno de esos fragmentos tiene su propia historia, y el arte consiste en hacerlos hablar. Las piezas conforman el mosaico, y a partir de las historias que revelan esos objetos muertos se forma aquello que llamamos «la» historia. En ocasiones, y contra todo pronóstico, los arqueólogos dan con capas y hallazgos que los obligan a romper con interpretaciones y contextos transmitidos. El momento estelar del excavador.

Poner los objetos al descubierto, protegerlos y hacerlos hablar: este es el proceso arqueológico que se propone aquí. Lo acompaña un concepto mucho más amplio del documento, de la «fuente». Para traer una época pasada al presente, aquí no sólo se tienen en cuenta los documentos escritos, los informes, los certificados o los expedientes, sino —en principio— todas las representaciones o concreciones de la actividad humana (si por esta vez dejamos a un lado los sedimentos de la historia natural). El mundo se observa y puede leerse a través de la historia de los objetos, analizando los símbolos y las formas de relacionarse, los lugares y las costumbres; todo ello nace del detalle, de manera que la cuestión fundamental para un proyecto de «historia de la civilización soviética» es por dónde empezar y dónde acabar cuando todo entra en consideración: los edificios colosales del comunismo y las figuritas de porcelana de los años treinta, la voz del locutor de Radio Moscú, el Desfile de los Atletas, el parque Gorki y los campos de Kolimá, la construcción del mausoleo y las playas de la Riviera roja. Esta enumeración no es un alegato a favor del *anything goes*, ni un juego en busca de lo exótico e insólito, sino una alusión a la infinita complejidad de una sociedad, especialmente aquella que ha sido arrasada a una secuencia de guerra, guerra civil y Revolución, y en la que la vida en muchos momentos ha sido más bien una lucha por la supervivencia. La historia de la civilización lo abarca todo, no es la historia de la política o del día a día, del terror o de la adhesión entusiasta, de la cultura o de la barbarie, sino de ambos y de mucho más; con frecuencia al mismo tiempo y en el mismo lugar.<sup>3</sup> Si mantenemos la idea

de una *histoire totale* quizá no como algo alcanzable, pero sí como ideal al que aspirar, y si estamos dispuestos a aceptar los riesgos que conlleva, la «amplitud de miras» total plantea la cuestión de los criterios de selección, de la «relevancia»; es decir, que debemos decidir cuál debe ser el objeto de análisis en un estudio de este tipo.

La presente obra no es una colección de ensayos que se han reunido a lo largo de los años, a pesar de que algunos de los textos se han escrito en momentos distintos; los capítulos enumerados en el índice describen más bien las estaciones de un recorrido transversal que el autor ha trazado de forma consciente. La propia lectura deberá demostrar si esta selección, que jamás podría aspirar a la integridad enciclopédica, es comprensible y convincente, si resulta artificial o incluso violenta. Al autor le habría gustado añadir más elementos si la extensión lo hubiera permitido: por ejemplo, el campamento Artek y la infancia; el Festival Mundial de la Juventud de 1957; Yuri Gagarin, el héroe deslumbrante. Ningún comentario previo podría menoscabar la labor de cada capítulo: dar muestra de algo. Nos referimos aquí a la formidable frase que Walter Benjamin escondió en el inmenso cuerpo de su *Libro de los pasajes*: «Método de este trabajo: montaje literario. No tengo nada que decir. Sólo que mostrar». Una frase que sin embargo ya entonces, cuando el paseante del siglo XIX se había convertido en el refugiado del siglo XX, apenas podía cumplirse.<sup>4</sup>

Tal como puede apreciarse en el índice, el libro comprende unos sesenta estudios independientes de distinta longitud, agrupados en cerca de veinte bloques. Son las etapas que deben completarse entre el capítulo de entrada (un paseo por uno de los bazares moscovitas hacia el final de la Unión Soviética) y un epílogo que desemboca en un *musée imaginaire*, un museo de la civilización soviética ubicado precisamente en un lugar memorable, el corazón oscuro de la historia soviética: la Lubianka. Una de las líneas de investigación podría describirse como «Pasando revista a una era» (título de las memorias de Heinrich Mann). Otra sigue la invitación de «leer el tiempo en el espacio».<sup>5</sup> Y ambas confluyen en lo que Mijaíl Bajtín llamó el «cronotopo».<sup>6</sup> Los capítulos tratan sobre las grandes construcciones del comunismo, que podrían considerarse las pirámides del siglo XX; sobre el aroma del imperio, un perfume de marca soviética; sobre lo que implicaban las temperaturas de cuarenta y nueve grados bajo cero para los prisioneros de Kolimá; sobre los *Diez días que estremecieron el mundo* y otros lugares comunes en los que entran en juego todos

los sentidos de la percepción del mundo. Si bien no tiene sentido en este momento justificar la elección de dichos conceptos a partir de su «relevancia» o incluso necesidad, sí es definitivamente importante mencionar los fundamentos de la decisión, de por qué se escogieron precisamente estos. La selección se basa en una experiencia primaria, la experiencia del autor. No se guía por las controversias académicas actuales o los cambios de dirección en los estudios de la Unión Soviética o de Rusia.

Para alguien que ha dedicado toda su vida a este universo y experimentó el sistema soviético en su propia piel durante más de tres décadas, los ámbitos de la investigación y los puntos donde debían colocarse las sondas estaban claros de antemano, y el problema residía más bien en la «arquitectura», la composición, es decir, la representación, una vez descartado un orden enciclopédico o cronológico demasiado simple para los conceptos en cuestión. Estas fueron las primeras impresiones obtenidas en la época del conflicto Oriente-Occidente, un mundo extraño ensombrecido por la cortina de humo de la Guerra Fría; este era el mundo en la década de 1960, cuando uno podía moverse por la URSS de camping en camping; el universo que en la época del movimiento estudiantil podía estudiarse en los seminarios del Instituto de Europa del Este de la Universidad Libre de Berlín Occidental, ya no en el marco de la teoría del totalitarismo, sino en su vertiente neomarxista; este era también el universo de la Unión Soviética y sus aliados, cuyos tanques se habían visto en Praga. Y esto era al fin y al cabo la Unión Soviética, en la que durante la época de la *glásnost* y la *perestroika* sucedieron cosas que hasta entonces habían sido impensables: el regreso de la libertad de expresión y del pensamiento libre en el espacio público, casi un milagro silencioso cuando todo el mundo estaba preparado para cualquier cosa; *Armageddon Averted* (Armagedón evitado) es como se titulaba el libro de Stephen Kotkin.<sup>7</sup> El resultado es un tesoro de experiencias adquiridas durante viajes por todo el país en autobús, en tren, en barco, en autostop. La base a partir de la cual se obtuvieron los sujetos está fundamentada en la experiencia primaria y en la elaboración de un sistema de coordenadas; no son los discursos ni el conocimiento secundario a partir de libros y medios de comunicación los que deciden lo que es relevante y digno de análisis, sino la observación directa, o más concretamente: la inspección *de visu*, a la que después le sigue un análisis. Por eso este libro trata sólo sobre lugares y objetos que el autor ha visto con sus propios ojos, ya sean las presas,

los monasterios o la Colección Costakis en Salónica. Adquirieron un interés especial aquellos «lugares comunes» que Svetlana Boym introdujo por primera vez en el campo visual de la investigación: las colas, las viviendas comunitarias, el estado de los baños públicos, los desfiles, la arquitectura masiva prefabricada, las cocinas moscovitas. Se trataba de la superficie, visible para todos, que llevaba décadas sin despertar el interés de la comunidad científica porque la búsqueda de la «esencia» o el «sistema» era más importante que la descripción o el análisis de las condiciones reales de vida.<sup>8</sup>

Sin embargo, resultaría limitado considerar la empresa que aquí se presenta simplemente como una cuestión personal, una visión «meramente subjetiva», que podría llevar como título «Mi Unión Soviética. Recuerdos de un mundo perdido».

Frente al fetiche de las «impresiones subjetivas» y frente a un concepto tan inocente como patético de la observación directa, encontramos una generación que ha transitado bien armada todas las controversias académicas imaginables de los «*Soviet Studies*». Adiestrada en los debates en torno a las teorías del totalitarismo, la «corrupción burocrática», la modernización y todas las diferenciaciones y ramificaciones desde el «cambio de paradigma histórico-social», finalmente se convirtió en testigo visual y auricular de un cambio en la propia Unión Soviética, cuando el país recuperó su lenguaje y abordó los puntos ciegos de su pasado.<sup>9</sup> Si la figura del paseante o de la excursión como método adquieren tanta importancia es porque aquí la observación y la reflexión confluyen de un modo tan inevitable como libre.

También debe mencionarse otro elemento que propició el camino escogido. La presente obra aprovechó la revisión de aquellos principios histórico-culturales que aspiraban a la integración de las disciplinas, y que en Alemania se vinculan con nombres tan dispares como Karl Lamprecht, Georg Simmel o Aby Warburg. La idea de que toda socialización humana se representa y se concreta en formas culturales puso en el centro el análisis de las formas culturales y simbólicas, sin importar su género. Quedó claro que el análisis científico-cultural no equivale al análisis de «la» cultura como un «subsistema» particular, como lo son también la economía o la política, sino que se centra en el análisis concreto de formas culturales en las que se invita a colaborar a todas aquellas disciplinas que puedan aportar algo.<sup>10</sup> No puede negarse que esto conlleva el riesgo del eclecticismo y del diletantismo. Además, muchos de los ensayos de este libro son introducciones, pre-

sentaciones de objetos que aún esperan a ser analizados sistemáticamente e investigados desde el punto de vista histórico-cultural.

Una vez descrito el ámbito de experiencia (vital) y el marco de referencia (intersubjetivo y transgeneracional) para los estudios que se presentan a continuación, aún deben hacerse dos importantes observaciones restrictivas.

En primer lugar, el final de un imperio (y la URSS tampoco es una excepción) también tiene consecuencias epistemológicas: la perspectiva se desplaza. La socialización académica que ha marcado a los historiadores de Rusia y la Unión Soviética, y no sólo al autor de esta obra en particular, era por lo general rusocéntrica, Moscú-céntrica o Leningrado-céntrica, y se movía dentro de la koiné rusófona del imperio. Esto implica una limitación de la competencia que no puede superarse de la noche a la mañana. Aquí sólo podremos constatarla y convertirla en objeto de una reflexión relativizadora. Por tanto, es evidente que un recorrido por este mismo museo que se hubiera diseñado en la periferia posimperial de la antigua Unión Soviética tendría un aspecto muy distinto.<sup>11</sup>

En segundo lugar, aquello que comenzó con un paseo por el bazar, termina (de forma inesperada para mí mismo, y casi inevitable) con la colección de los objetos, en el museo al que las personas, tanto nativas como extranjeras, acuden porque quieren recordar el universo soviético y dialogar a través de los elementos expuestos con las generaciones que ya no están y, por lo tanto, tampoco pueden hablar por sí mismas. La idea de un *musée imaginaire*, según André Malraux, o de un «palacio de la memoria», según Matteo Ricci, de la civilización soviética ha resultado ser la forma concluyente en la que convergen las investigaciones presentadas aquí.<sup>12</sup> El libro es una invitación, cualquiera puede perseguir su propia curiosidad, sus inclinaciones, sus intereses. El visitante se mueve con autonomía, de un modo más laberíntico que lineal, no recibe lecciones por el camino, excepto la conclusión a la que él mismo llegue después de pasar revista a la época, a los lugares y a los objetos, junto con sus historias y sus destinos.